

UN MALENTENDIDO Y SU TESORO

Reyes

Cuando hace poco una buena amiga me dijo que no celebraban la fiesta de los Reyes porque, a su juicio, glorificaba la monarquía como forma de Estado, no pude evitar reírme con afecto; no por burla, sino por alegría porque pocas cosas muestran con tanta claridad cómo una imagen puede perder su sentido cuando se la lee solo de manera literal.

Los Reyes no celebran una forma de poder.

No celebran la dominación.

No celebran la autoridad política.

Quien lee la escena de Belén en clave estatal confunde el escenario con la obra.

Los Reyes —o mejor dicho: los sabios, los magos, los reyes de un orden interior— no están por encima del Niños. Se arrodillan ante él y ahí está la clave.

La jerarquía invertida en el centro del acontecimiento no hay un rey en su trono, sino un recién nacido en absoluta vulnerabilidad.

El poder —oro.

El pensamiento —incienso.

La finitud —mirra.

Todo aquello que más tarde en el ser humano puede convertirse en autoridad, conocimiento y forma aparece aquí no como dominio, sino como servicio.

Los Reyes no traen sus reinos para gobernar, los depositan. Esto no es una monarquía, es su desposesión, lo real-real en el ser humano, la palabra rey no es aquí un concepto político, sino antropológico. Nombra algo que vive en el ser humano mismo: una disposición interior donde forma y dignidad no se contradicen, sino que se confirman mutuamente.

La forma sin dignidad se vuelve pose.

La dignidad sin forma permanece invisible.

Lo real-real en el ser humano es la capacidad de llevar la verdad de manera encarnada, una verdad sobre dos piernas.

Reconocer lo que viene

Los Reyes no buscan lo espectacular.

Reconocen lo verdadero.

Representan aquella instancia en el ser humano que, a través de los tiempos, es capaz de esperar y reconocer lo nuevo cuando aparece. No porque sea poderoso, sino porque es justo.

Aquí no es el ser humano quien define la verdad.

La verdad se presenta de pie ante él.

El 6 de enero

Esta fiesta se celebre el 6 de enero no es un capricho del calendario,
el solsticio de invierno ha pasado,
la luz ha nacido —pero aún es débil,
los días apenas se alargan, y sin embargo algo ha comenzado.

El 6 de enero no marca el nacimiento de la luz,
sino su primer hacerse eficaz;
por eso esta fiesta se llama Epifanía: “*aparición*”.

No como milagro repentino, sino como reconocimiento.

Nacimiento y despertar

Navidad es nacimiento.

Epifanía es despertar.

La tierra aún duerme, pero en lo profundo el impulso de la resurrección ya está presente.

Así también en el ser humano: tras una verdadera gestación interior no viene enseguida la acción, sino primero el reconocer lo que ha nacido.

El día de los regalos

El 6 de enero es el día de los regalos para los Niños, no la noche, no la emoción, sino la mañana.

Y quizá tampoco eso sea casual porque en este día no se le regala algo al Niños, sino que el Niños es regalado.

El Niños-Cristo —imagen del yo libre que comienza— recibe cosas que puede desear, que incluso debe desear. No por carencia, sino por futuro.

Aprender a desear

Un Niños al que no se le regala nada aprende a renunciar.

Un Niños al que se le regala todo no aprende a desear.

El 6 de enero se sitúa en medio.

Dice en silencio: puedes desear —y alguien responde.

No es un ritual de consumo, es un ritual de confianza.

Y ahí termina

Los Reyes han dejado sus dones.

Ahora les toca a los Niños, no como reyes, no como sabios, sino como lo que son:
Los que llegan.

Y así termina la fiesta donde comenzó: en un Niños y en la esperanza silenciosa de que algún día comprenda por qué se le dio.

El sentido de los regalos de los Niños

Así, el día de los regalos para los Niños es algo más que una costumbre.

Se convierte en una imagen de ejercicio interior.

Porque lo que hoy se regala al Niños es, de manera simbólica, aquello que el ser humano deberá un día poner a los pies de su propio yo naciente.

No como posesión, sino como disposición interior.

Los regalos de la infancia recuerdan

que el reconocimiento verdadero no nace del saber, sino de la preparación.

Del gesto interior que dice: me preparo para poder reconocer.

La ofrenda como confirmación

Así como los Reyes depositaron sus dones no para provocar algo, sino para confirmar que estaban preparados.

La ofrenda no es el objeto, la ofrenda es el dar, es el acto en el que lo real-real en el ser humano

muestra que ha reconocido el acontecimiento.

Año tras año, el gesto se repite, no para premiar a los Niños, sino para mantener despierta una intuición: que el verdadero dar aún está por venir.

Cuando el yo adulto sea capaz de poner a los pies del Yo que nace su humanidad ordenada,

disponible, despierta, me preparo para poder reconocer.

¡Feliz Reconocer!

Peter Schmidt Bubath